

El último adiós

POR ADALCRISTO GUEVARA

Se levantó enredado entre sábanas blancas. La mañana resplandecía, el firmamento estaba raso y la media luna apenas visible. Entre las rendijas de la ventana penetraron los primeros reflejos de la aurora, miró a su alrededor, el cuarto estaba ordenado y pulcro. Se apoyó en la ventana y en una postura firme clavó una mirada fija en el edificio vetusto y sobresaliente de la antigua catedral. Vio una bandada de golondrinas que salió despavorida de las profundidades de una oquedad sombría, parecía un fantasma inmóvil envuelto en un blanquísimo sudario. El cuarto estaba arreglado en un orden inusual. "Pareciera que la abuela se encargó de esto", pensó. Observó con curiosidad, las cortinas eran blancas y estaban recogidas con lazos de satín, los bordes estaban tejidos con hilo de seda en forma de corazón. El piso estaba decorado de un linóleo nuevo con dibujos de carretas y caballos de una época antigua. En la mano derecha de la cama había una mesita redonda con libros apilados ordenados conforme al tamaño, en una esquina de la mesa sobresalía un retrato enmarcado con relieve en forma de florcitas. La fotografía estaba tomada a medio cuerpo,

mostrando un rostro terso y adolescente, junto a él la abuela, tenía puesto unos lentes de aumento y pronunciaba una sonrisa apacible. Al concentrarse en la foto tuvo la sensación extraña de que su alma se había trasladado a otra dimensión. Le invadió una nostalgia inevitable. "Si pudiera nuevamente ser niño", pensó.

En la parte superior de la cama, colocado en la pared, había un cuadro. El cuadro estaba pintado con óleo y describía una casa de madera de dos pisos con balcones de pilones de madera torneados; un bosque de pinos exuberantes se observaba alrededor de la casa, al fondo había montañas azules rodeadas de una bruma espesa. El paisaje estaba húmedo.

Encontró el armario lleno de ropa, la ropa estaba planchada con el esmero de manos delicadas y estaba ordenada con un cuidado inusual. "Otra vez la abuela ocupándose de mis cosas", pensó. A mano izquierda de la ventana, apoyado al zócalo, había un jarrón de cerámica lleno de flores artificiales, tenía diseños de mitología oriental. Se acercó a la cómoda que reflejaba en los bordes un brillo

antiguo, abrió uno de los cajones y sintió un olor a detergente de ropa revuelto con alcanfor; la ropa estaba doblada con sutileza. Se miró fijamente en el espejo, pasó las yemas de sus dedos sobre las arrugas que se le pronunciaron en la frente; el cabello era de color azabache, crespos y enredados; los ojos le brillaban, al ensimismarse en ellos se sintió sumergido en aguas claras y profundas. Tenía puesta un pijama con diseños blanco y negro alusivos al cine mudo. Entró a una puerta contigua que conectaba con el pasillo. Era un cuarto de estudio estrecho, tenía un librero sostenido por estantes clavados en la pared, a la mano derecha había una mesita rústica y sobre ella una máquina de escribir. En la mano derecha una resma de páginas blancas con dos cuartillas escritas. Las teclas reflejaban un brillo antiguo, los libros estaban colocados en orden alfabético de conformidad al nombre de los autores. En el centro del cuarto había una mesita redonda de tres patas, estaba llena de libros colocados de acuerdo al tamaño. Las paredes y el cielo raso estaban resplandecientes. Se sintió extraviado en una maqueta de medidas exactas. No era concebible encontrar en aquella habitación una partícula de polvo. "Otra vez la abuela con su obsesión por la limpieza", musitó. Salió de aquel cuarto y se fue al baño al fondo del pasillo, el piso expedía un olor a fragancia de pino. El lavamanos estaba revestido de azulejos con diseños de animales de circo. Abrió el grifo y se lavó el rostro con parsimonia; luego, se secó las manos con una toalla colocada sobre un pequeño tendedero. Leyó un letrero escrito con letra de molde que decía: "Cuidado. No ensuciar".

Se fue hasta la cocina y atravesó lentamente la sala, un olor a canela flotó en el aire y penetró en los resquicios más angostos. La abuela estaba de espaldas sirviendo el desayuno, tenía en sus manos una bandeja de ma-

dera labrada. Tenía el cabello blanco y suave como el algodón. La observó con detenimiento, lucía un traje de lana blanquísimo similar a la nieve y un peinado de trenzas recogidas en un solo nudo. Unas sandalias de cuero se ajustaban en sus piecitos, parecía una niña en el cuerpo de una anciana.

--El desayuno está servido --dijo la abuela con una sonrisa agradable.

--Gracias abuela --dijo él--, en esta mesa hay de todo. ¿Alguien está de cumpleaños?

--No, hoy quise complacerte y tomar el desayuno contigo --dijo ella--, después de todo hace mucho tiempo que no hablamos.

En el centro de la mesa había una bandeja de madera tallada con adorno de flores. Tenía crisantemos chinos, orquídeas, rosas blancas y claveles que concentraban en el aire una mezcla de olores agradables. La mesa estaba adornada con un mantel blanco tejido en sus bordes con diseños de corazones rojos. Estaban pasó sus dedos suaves por el mantel.

--Es hermoso, abuela --dijo-- Imagino que tomaste mucho tiempo tejiéndolo.

--Casi cinco meses --dijo ella--, y lo hice sólo para invitarte a desayunar.

Esteban observó que las paredes de la casa estaban pintadas de un blanco reluciente y terso. El linóleo, incólume, sin mancha de pintura. "Pareciera una casa recién hecha", pensó.

La abuela había servido un banquete. La mesa repleta de panes y frutas de toda clase le hizo pensar que había hecho un desayuno para toda la familia.

--¿Y los demás? --indagó Esteban.

--No hay nadie más --dijo ella--. En esta ocasión solo estamos nosotros. Este desayuno lo hice para los dos. Tal vez sea nuestro último desayuno.

--No digas eso, abuela --dijo él--. Es cuestión de que te cuides y tomes los medicamentos al día. Muchas personas viven con

la diabetes auestas, y sin dejarse vencer.

--Siento que no voy a poder seguir cargando esta enfermedad --dijo ella--, creo que me queda poco tiempo.

Esteban, sintió una honda tristeza. Miró fijamente los ojos arrugados de la abuela, esquivó la mirada al vacío tratando de evadir una lúgubre nostalgia. Aquel sentimiento le hizo sentir que la amaba.

--Abuela --dijo él--, es mejor que pienses en vivir, lo que me dices en verdad me deprime.

--Lo demás puede ser la voluntad de Dios --dijo ella--, así lo siento.

--Si es la voluntad de Dios, me va lastimar --dijo él--, pero si es así nadie podrá impedirlo.

La abuela quedó absorta mirando la espiral de humo que descendía desde las tazas de café. Tomó la mano derecha del nieto con cariño.

--Disfrutemos este desayuno --dijo.

--Está bien, abuela --dijo él--. Buen provecho.

La abuela tomó un trozo de pan y le untó mantequilla, luego dos cucharaditas de azúcar y las revolvió en el café. Echó dos rebanadas de carne de cerdo ahumado en su plato y dos huevos fritos. En su mano derecha colocó un vaso lleno de batido de zarzamora.

Esteban, la miró atónito y por un momento sintió la obligación de retirar de sus manos aquel plato exquisito.

--No puedes comer eso, abuela --dijo él--. La comida tiene grasa y azúcar, vas a tener una recaída grave. ¿Por qué no haces la dieta?

--Eso no importa --dijo ella--, este es el desayuno que soñé comer antes de irme. Ha sido demasiado haber soportado la dieta de verduras y legumbres sancochadas, esa dieta insípida ya terminó, hoy comeré diferente. Disfrutemos antes que la comida se enfríe.

El muchacho sorbió un poco de café, sin apartar la vista de la anciana. Estaba preocupado por aquella decisión extraña de que ingiriera alimentos que le había prohibido el médico durante muchos años. Vino a su mente un pensamiento positivo: "Una vez al año, no hace daño". Se sintió más tranquilo y disfrutó viendo a la abuela comer. La anciana devoró la comida con avidez. Él, por su parte, empezó a devorar los platos exquisitos que la abuela había preparado, rebanó en rueditas un bollo de maíz nuevo, una rebanada de jamón y una manzana. Ambos comieron hasta saciarse. La abuela se levantó con entusiasmo, miró fijamente a su nieto con una sonrisa tierna.

--Voy a buscar algo de postre -- dijo.

--¿Postre en el desayuno, abuela? --indagó el muchacho con curiosidad.

--Sí --dijo ella--, recuerda que hoy es un día diferente. Hoy las cosas suceden distintas.

La abuela trajo una vajilla cristalina llena de helado de chocolate con galleta de coco y jengibre y un dulce de harina horneado con adornos de fresa. En dos platos de porcelana sirvió para ambos. El nieto empezó a preocuparse de nuevo.

--Siempre he sabido que tienes prohibido ingerir dulces --dijo él--, todo lo que has comido puede ser delicado para tu salud.

--Sí, tienes razón --dijo ella--, pero no te preocupes, de algo hay que morir en esta vida.

La abuela sonrió, el rostro se le tornó alegre y casto como el de una niña. Tomó la mano del nieto, la apretó con fuerza y dijo: "Ahora, hay que limpiar". Enseguida tomó los platos y los cubiertos usados y se fue hasta el fregador, cuando terminó los secó con una toalla y los colocó en el escurridor. Pasó una toallita con fragancia de pino sobre la mesa y sobre los muebles que estaban en el comedor. Las

cosas adquirieron la nitidez inicial.

La abuela se acercó al nieto, quien había quedado envuelto en un hondo silencio. Estaba estupefacto por lo que había sucedido, nunca había visto a la abuela dejar de tomar sus medicamentos y muchos menos interrumpir la dieta de aquella forma. Era seguro que su enfermedad se agravaría en unas cuantas horas; sin embargo, ella resultaba indiferente ante aquella realidad. Se acercó a Esteban, le dio un beso en la frente y le extendió un fuerte abrazo. Esteban, sintió la mejilla tibia y arrugada, sintió que una fragancia de rosas se le impregnaba en la ropa. El corazón de la abuela empezaba a palpitar con lentitud, tenía las manos trémulas.

—Tengo que irme —dijo la abuela—. Espero que te cuides mucho.

—¿A dónde irás? —indagó Esteban.

—Voy a dormir —dijo—, después de todo tengo derecho a descansar.

—Claro que sí —dijo Esteban.

—Lo más probable es que me quede dormida —dijo ella—. Cuando el sueño está nosotros no estamos.

—Si te quedas dormida dejaré que descanses —dijo él—, a mí también me entraron ganas de seguir durmiendo.

La abuela sonrió satisfecha. Caminó lentamente hacia una puerta ubicada en el fondo de un pasillo. Los resquicios de la puerta dejaban filtrar los destellos de una luz luminosa, al abrirla quedó envuelta en una niebla espesa similar a las alas gigantes de un pájaro de nieve. Esteban, corrió hacia ella, pero la puerta se había cerrado. Sintió un golpe fortísimo en la cabeza y al apoyarse logró palpar con las manos la sólida pared. Miró hacia arriba y comprobó que la puerta no existía. Al caer al suelo sintió que su cuerpo flotaba en el vacío como un bulto etéreo girando lentamente en medio de un remolino.

II

Una brisa álgida le acarició las manos. Respiraba incómodo y con pesadez en el rostro. Se movía cansado en los tentáculos de un sueño profundo. Un escalofrío penetrante le hizo despertar; al abrir los ojos vio que tenía en su rostro un pedazo de cielo raso. Se levantó cubierto de sábanas blancas, mantuvo en una de sus manos el pedazo de yeso. Miró hacia arriba. Comprobó que se había desprendido una de las piezas cuadradas, dejando en evidencia un espacio oscuro. "Por poco y este pedazo de yeso me rompe la cara", pensó. Abrió la ventana y miró una bandada de golondrinas esconderse en los rincones del pináculo de una de las edificaciones ruinosas de la antigua catedral. Fijó la mirada en el firmamento raso. Rozó con una de sus manos la cortina y se percató de que estaba desteñida, los extremos estaban bordados con hilo de seda y habían perdido el color. Notó que el jarrón de cerámica había sufrido una fisura delgada en forma oblicua, y que las impresiones de estilo oriental estaban apenas visibles. El reloj despertador marcaba las seis en punto. Una mesita redonda estaba cerca de la cama, pasó sus manos sobre la superficie y comprobó que estaba llena de polvo. El piso estaba revestido de un linóleo viejo y desgastado, los dibujos de caballos y carretas eran apenas perceptibles. En la cabecera de la cama vio un cuadro pintado al óleo con un paisaje rural, el cuadro estaba lleno de casas y barracas arruinadas, el cielo lleno de gallores y de nubes grises. Las paredes del cuarto estaban veteadas. Esteban, se sintió preso en una dimensión desconocida.

Se fue caminando lentamente hasta la cómoda, comprobó que los cajones estaban vacíos y llenos de estiércol de polilla; la ropa atiborrada y sucia al lado de la cómoda en un cesto de mimbre. Esteban, se acercó al espejo y vio que su aliento empañó el vidrio. Pasó

una de sus manos por el espejo y contempló unos cabellos rizados y resecos y un rostro demacrado y macilento como el de un muerto. Un olor revuelto de alcanfor y madera vieja le hizo recordar que existía. "Pareciera que aquí el tiempo pasa de prisa", pensó. Se fue hasta una puerta contigua, y recordó que era el cuarto de estudio. Al entrar miró un cuartito lleno de libros viejos, atiborrados y en completo desorden; en medio del cuarto había una mesa chica con una máquina de escribir antigua llena de polvo. En la mano derecha de la mesa una resma de páginas amarillas y viejas. "Parece que nadie ha escrito en esta máquina hace algunos años", pensó. Sintió que un concentrado de partículas de polvo le obstruía la respiración, colocó el pedazo de cielo raso en una orilla de la mesa y se fue hasta el baño.

Al abrir la puerta escuchó un sonido grave provocado por los goznes oxidados, los azulejos habían perdido el color y los diseños de animales de circo estaban apenas visibles. Vio un letrero en cartoncillo amarillo pegado en la pared con letras ilegibles y borrosas que le impidió la lectura. Lavó su rostro y al mirarse en el espejo comprobó que estaba viejo. En aquel momento se sintió extraviado en el laberinto de otra dimensión.

Llegó hasta la sala, los muebles eran antiguos y estaban llenos de polvo. El linóleo estaba desgastado y los diseños borrosos, en medio de los muebles había una mesita y un cuadro de madera con una fotografía en blanco y negro. Era él fotografiado junto a la abuela, al mirar aumentaron las palpitaciones cardíacas; la abuela tenía el cutis terso y joven y el cabello envuelto en un peinado moderno, una sonrisa enigmática le envolvía el rostro. En la foto era un anciano lleno de arrugas, estaba calvo y tenía puestas unas gafas gruesas de aros negros. Ambos estaban fotografiados a medio cuerpo: "Pareciera que en esta foto

las cosas suceden al revés", pensó.

En la cocina vio al tío Evaristo. Estaba vestido de negro, tenía puesta una camisa negra de mangas largas con botones color marfil, ajustada hasta el último botón. Los zapatos eran de charol y brillaban como un diamante, los quiebres del pantalón estaban planchados con esmero. Servía café en dos tazas de porcelana de estilo antiguo. Un olor a café cocido se estancó en el aire.

--Has dormido como un oso --dijo Evaristo.

--Me siento cansado de tanto dormir --dijo Esteban--, pareciera que he perdido la noción del tiempo, cuando desperté no supe si había amanecido o era de tardecita.

--Has dormido por más de quince horas seguidas --dijo Evaristo--, en la noche sufriste un desmayo, cuando te recuperaste me pediste que te dejara descansar, ahora despiertas.

Evaristo revolvió el café con una cucharita de plata, un espiral de humo ascendió hasta el cielorraso. Tomó un sorbo y luego emitió un suspiro levantando la taza.

--Hace dos días murió mi madre --dijo.

Esteban, experimentó un sentimiento extraño. Se sintió confuso en aquel espacio, y comprobó que lo que había vivido con la abuela era el resultado de un sueño prolongado. Recordó que días atrás la abuela había sido hospitalizada en las primeras horas de la madrugada.

--Sí, recuerdo cuando enfermó --dijo Esteban--, después de la noticia también a mí me tuvieron que socorrer, recuerdo que me desmayé y tuvieron que apoyarme en la cama.

--Ella provocó su propia muerte --dijo Evaristo--. El doctor me dijo que consumió gran cantidad de dulces y comidas con grasas, a sabiendas de lo grave que resultaba para su enfermedad. Todo aquello fue consciente y

premeditado, después de todo la diabetes no es relajo.

--Murió por su propio consentimiento --dijo Esteban.

--Sí --dijo Evaristo--, hizo un banquete antes de irse y luego ingirió toda la comida que el médico por muchos años le había prohibido. Acostumbraba limpiar la casa hasta dejarla pulcra y brillante. Ahora que no está las cosas son diferentes.

Esteban, recordó que en el sueño la abuela había hecho un banquete para ambos y que había sucedido exactamente aquello que el tío Evaristo narra. Sintió ganas de contarle lo sucedido, pero concluyó que no era necesario.

--Aquí todas las cosas se han llenado de polvo --dijo Esteban--. Cuando estaba la abuela todo brillaba.

--Tu lo has dicho Esteban --dijo Evaristo--, todo brillaba. Ahora hay más polvo. Y saber que todo esto comenzó luego que murió mi madre, una nube de polvo gigante se estancó en el pueblo.

--La abuela nos hará mucha falta --dijo Esteban--, pareciera que su ausencia ha transformado todo en una casa desolada. Hay que orar por su alma.

--Antes de morir dejó una nota escrita --dijo Evaristo--. Dejó escrito que era su última voluntad que no le hicieran novenario, pidió pocas personas a la hora del sepelio, tampoco aceptó ofrendas florales ni velas encendidas ni tarjetas de condolencias; dejó escrito que le hubiese gustado que su muerte fuera un secreto. Aceptó sólo una misa y nada más, y que no anunciaran que la misa se haría en su nombre y que su muerte fuese un secreto entre los familiares y el cura.

--Se hará todo como ella ordenó --dijo Esteban--, es su última voluntad y hay que respetarla.

--Así es --dijo Evaristo--, deberías bañar-

te y prepararte para el sepelio. Voy a firmar los papeles en la morgue, ya tienen todo preparado para entregarnos el cuerpo, tampoco podemos esperar más.

Esteban, había quedado solo en la casa. Ésta permanecía silenciosa, las paredes estaban pálidas y habían perdido el brillo, justo en aquel momento tuvo la sensación de que se hallaba en medio de una casa arruinada hecha de cartón y felpa. Miró los muebles y la mesa y observó todo lleno de polvo, extendió su dedo índice y dibujó un corazón sobre la mesa. Se acercó a la ventana, contempló a lo lejos la catedral taciturna, el polvo la estaba convirtiendo en una edificación en ruinas. Las calles, desoladas e inundadas por el polvo, y algunos rayos de sol se filtraban tímidamente entre las rendijas de los viejos caserones. Vio descender un remolino de polvo que se estrelló contra la ventana.

La iglesia estaba vacía. Era una iglesia pequeña de diseño colonial, con un campanario de acero que desafiaba los siglos; la parte frontal de la pared tenía un par de nichos incrustados tallados en mármol con inscripciones en latín. El cadáver de la abuela envuelto en un sudario de lana, permanecía rígido en la caja mortuoria hecha de caoba tallada con alto relieve. Tenía un brillo opaco e imperceptible debido al polvo que penetraba por los ornamentales. El sacerdote llegó de imprevisto y antes de iniciar la homilía se dedicó a quitar el polvo que había caído sobre las piezas sacrosantas. El sacristán y dos personas más recogieron algunos montículos de polvo que se habían acumulado en el piso. Miró a su alrededor y con una escalera subió a limpiar los santos de yeso que estaban sujetos a la pared.

--Hay que orar con fe para que no terminemos ahogados en polvo -- dijo.

La misa duró una hora. La iglesia poco a poco se llenó de feligreses, y resultó inusual

aquel acontecimiento. Todos miraban al cura con cara de espanto y en medio de la concurrencia insistió un prolongado eco de murmuración. "Estoy asustado con esta lluvia de polvo", dijo un anciano a otro que estaba a su lado. "Esto comenzó a suceder desde que falleció la abuela", dijo una mujer persignándose.

La multitud se fue detrás del ataúd hacia el cementerio que quedaba justo detrás de la iglesia, y aquello resultaba contrario a la última voluntad de la abuela. Pero pareció como si una fuerza superior a ellos los obligaba a seguir el féretro hasta los confines del camposanto. A pocos metros de la entrada del portón de hierro se escuchó una voz estentórea que se dirigió a la concurrencia. Era la voz de Evaristo:

—Señoras y señores, estoy agradecido con ustedes de que nos hayan acompañado el día de hoy al sepelio de mi madre, pero resulta importante tener que decirles que mi madre antes de fallecer dejó una nota escrita en donde pedía como uno de sus últimos deseos: un entierro poco concurrido. Debido a eso y respetando esta última voluntad entraremos al cementerio solamente los familiares más cercanos. Gracias por todo y disculpen los inconvenientes.

Un murmullo se disgregó en la concurrencia. Todos habían entendido que era la última voluntad de la abuela y tenían que respetarla. Luego, se persignaron al unísono y se marcharon en silencio hacia sus hogares. Entraron al cementerio Evaristo, Esteban, el sacristán, el sacerdote y dos sepultureros contratados. La fosa estaba hecha unas cuantas horas antes. Esteban observó con preocupación que el polvo había llenado casi la mitad de la fosa.

— ¡Hay que enterrarla rápido antes de que se llene! —exclamó Evaristo.

Los sepultureros tomaron el féretro por ambos extremos y lo descendieron con so-

gas lentamente con cuidado para que no se volteara. El ataúd se hundió por completo, y pareció que se lo tragaba una hondonada de tierra movediza que impidió al cura rosear las últimas gotas de agua bendita. Echaron la tierra que estaba alrededor y finalizó así la ceremonia. Una cruz de madera rústica fue incrustada sobre la tierra fresca. El presbítero regó las últimas gotas haciendo una cruz en el vacío. "Que descanses en paz y que las cosas regresen de nuevo a la normalidad", dijo besando la Biblia.

Segundos después sopló un viento recio proveniente de las montañas que se transformó en instantes en un remolino gigantesco. Esteban, sintió que una aspiradora inmensa absorbía hasta la última partícula de polvo de aquel lugar. En unos cuantos minutos las calles, las crestas de los árboles y los caserones de madera habían regresado a la normalidad. Los que habían quedado en el cementerio tuvieron el sentimiento extraño de que sus almas flotaban en alfombras suaves y que eran envueltos como orugas en el nido de los sueños.

—Es hora de irnos —le dijo Evaristo a Esteban con una sonrisa jovial y colocando una de sus manos sobre su hombro—. Ya la abuela descansa en paz.

Esteban metió las manos en los bolsillos de su pantalón y se fue caminando suavemente. Atónito al ver que las cosas regresaban nuevamente a la normalidad, miraba a su alrededor y disfrutaba el brillo de su entorno. Clavó una mirada fija sobre la cresta de un laurel que desprendía flores blancas. Se detuvo, y al mirar a su alrededor se halló solitario en medio de un campo de césped podado. Todos se habían ido. Corrió rápidamente para salir del cementerio y fue allí cuando sintió que el alma se le desprendía de su cuerpo y caía lentamente en el vacío.

III

Se levantó asustado envuelto en sábanas blancas. La mañana estaba resplandeciente y brillante. Entre las rendijas de su ventana penetraron los primeros rayos de sol, contempló el paisaje de colores vivos; al mirar a su alrededor comprobó que el cuarto estaba ordenado y pulcro. Se apoyó a la ventana y con el cuerpo inclinado clavó una mirada fija al edificio conspicuo de la antigua catedral. Una bandada de palominos salió despavorida desde las profundidades de un nido oscuro. Vista desde la carretera su figura era similar a la de un fantasma envuelto en un blanquísimo sudario. Observó con curiosidad, las cortinas eran blancas y habían sido recogidas con lazos de satén, los bordes estaban tejidos con hilo de seda en forma de corazón; el piso estaba decorado con nitidez, el linóleo tenía dibujos con diseños de carretas y caballos de una época antigua. A mano derecha de la cama había una mesita redonda con libros ordenados por orden de tamaño, en una esquina de la mesa un retrato de marco labrado con relieves en forma de girasol. La fotografía había sido tomada a medio cuerpo, reflejaba el rostro de un hombre maduro, tenía el cabello crespo, la nariz perfilada y los ojos color café irradiaban un brillo diminuto; estaba sonriente. Junto a aquel rostro aparecía la abuela con unas gafas de aumento, el cutis estaba limpio y arrugado y contrastaba con una sonrisa apacible. Esteban, se concentró detenidamente en la fotografía con la sensación extraña de que su alma se había transportado a otra dimensión. "Es la tercera vez que contemplo esta fotografía, siempre es distinta", pensó. Volteó la fotografía y comprobó que en letra legible y en tinta negra había escrito lo siguiente: "Recuerdo de mi tío Evaristo y de mi abuela. Que en paz descansen, 1920".

MARIO AUGUSTO RODRÍGUEZ

Lamentamos la muerte del destacado escritor y periodista nacional Mario Augusto Rodríguez (Santiago de Veraguas, 12 de septiembre de 1917- Ciudad de Panamá, 11 de enero de 2009). Al momento de morir escribía sus memorias. Era el escritor de mayor edad de las letras panameñas. Sus libros más importantes: "Campo adentro" (cuentos, 1947); "Luna en Veraguas" (cuentos, 1948); "Estudio y presentación de los cuentos de Ricardo Miró" (ensayo y recopilación de cuentos dispersos, 1956); "Canto de amor para la patria novia" (poesía, 1957); "Negra pesadilla roja" (novela, 1993); y "Los ultrajados" (cuentos, 1994). También publicó diversas obras de teatro y numerosas crónicas periodísticas y políticas.

ADALCRISTO GUEVARA FLORES, Penonomé, 1977. Magíster en Derecho Procesal. Abogado litigante e independiente. Obtuvo en el 2007 la Primera Mención de Honor en el Concurso de Poesía León A. Soto, y en 2008 Mención Única en el de Poesía Gustavo Batista Cedeño, Primer Premio en el de Poesía Esther María Osses y Primer Premio de Cuento Ignacio "Nacho" Valdés, del IPEL. Actualmente toma el diplomado en Creación Literaria 2009, de la UTP.